

tazo sí es; pero de salir corriendo y dando gritos. Muchas veces, cuando habla contigo, le estoy mirando; y como el pobre es tan cariñoso y tan angelón, yo no hago más que buscarle algún perfil o alguna luz para ver si me hace otro efecto, y nada; cuando más amartelado está, más feo se pone; es que es un joven con aire de viejo, y hace tan triste y tan raro... Don Faustino, con sus años y sin presumir, tiene otro porte, de señor mayor; pero con su aire y su gracia...

LUISA

Oye, mamá: después de aquel día del almuerzo, ¿don Faustino no ha vuelto a decirte nada?

AMALIA

Nada; ¿de qué?... ¡Ah!... No, ya lo has visto... Aquello fué una broma del día; por reírnos, pero nada más... Ya suponía yo... Nunca creí que fuera en serio; y si lo hubiera sido en aquel momento, después habrá pensado, como se piensa siempre... ¡Y que a la edad de don Faustino casarse!... ¿Es que a ti, que nunca quieres oírme hablar de casamiento, no te hubiera disgustado que don Faustino...?

LUISA

No, al contrario; es tan bueno para mí, para nosotras... A ése sí que le quiero sin esfuerzo... Viviría siempre con él, como una hija.

AMALIA

Y esa es su ilusión; pero casándote con don Manolito, que es un hijo también para él... Tú verás...

LUISA

¡Don Manolito! Si yo le quiero también; pero como tú dices: como querría a un hermano o a un buen amigo de toda la vida... Cuando me habla de otras cosas..., de sus estudios..., de sus libros..., me estaría oyéndole siempre; pero cuando se cree en el caso de ponerse tierno y me habla de su cariño...

AMALIA

Cuando se pone más feo, lo que yo te digo.

LUISA

No..., es que... ¡qué sé yo!... Me haría reír si no me hiciera casi llorar, porque dice unas bobberías... Parece mentira, un hombre que sabe tanto y que habla tan bien de otras cosas...

AMALIA

De lo que sabe.

LUISA

Y soy franca, mamá. Me da miedo casarme así, sin quererle como debía... Pero si no hay otro medio...

AMALIA

¡Calla, calla! Aunque no lo hubiera... ¿Sacrificarte yo?... Ahora, que en algo hay que pensar... Don Martín ha vuelto a escribirme que si piensas volver al teatro.

LUISA

¡El teatro! ¿Qué dice?

AMALIA

Sueldo, el de siempre; de trabajo, muchas promesas y muchas esperanzas; pero ya sabes...

LUISA

Sí, ya sé...

AMALIA

No te pongas triste... Todo es si tú quieres, lo que tú quieras... Por mí, ya sabes, nos defendemos como podamos.

LUISA

Sí, me defenderás; ya lo sé... Pero a ti, pobre madre mía, ¿quién te defenderá?

AMALIA

Por mí no te preocupes. Ya sé lo que son penas... Creo que están ahí...

ESCENA II

DICHAS; DON FAUSTINO y DON MANOLITO
por la segunda izquierda, con caja de dulces.

AMALIA

¡Hola, hola! Bien venidos. ¿Qué tal el viaje?

FAUSTINO

Como siempre. ¿Qué tal por aquí?

AMALIA

También como siempre.

MANUEL

Luisita, permítame usted que la ofrezca...

LUISA

¿Dulces?

MANUEL

De Madrid... Sé que le gustan a usted.

LUISA

Muchísimas gracias...

AMALIA

Siempre tan amable... ¿Y han terminado ustedes sus exámenes?

FAUSTINO

Sí, ayer fué el último día... Ahora tenemos descanso hasta el primero de octubre, y después a Madrid... ¡Bastante lo siento!

AMALIA

Y nosotras, figúrese usted.

FAUSTINO

¿Pero ustedes no vienen ahora a Madrid?

MANUEL

¿Cómo es eso? ¿Que no vienen ustedes?

AMALIA

Sí, sí; pero no tan pronto, no podemos saber todavía... Precisamente hoy me han escrito, y para mí todas son dificultades.

MANUEL

Permítame usted, Amalia; yo creí que habíamos convenido en algo; don Faustino le había dicho a usted...

AMALIA

Sí, sí; pero hay que esperar todavía, hay que esperar.

MANUEL

Luisita, ¿qué quiere decir su mamá?

LUISA

Ella le hablará a usted, mejor dicho, don Faustino.

MANUEL

Me asusta usted.

LUISA

No, no se asuste usted. Cuénteme, cuénteme; ¿qué hay por Madrid?

MANUEL

Para mí, nada; mi obligación y nada más.

FAUSTINO

Eso sí, puedo asegurarte que no ha cometido ninguna infidelidad; él bien hubiera querido, pero estaba yo para vigilarle.

MANUEL

¡Don Faustino! ¡Que lo van a creer!

AMALIA

No, no se apure usted, don Manolito; no lo creemos...

FAUSTINO

Eso es; cobra buena fama... Pues no hay que fiarse; este don Manolito es terrible. El otro día, yendo juntos, se le enredó un botón en los flecos de un pañuelo, y no sabe usted, no sabe usted...; si no es por mí no se ha desenredado todavía.

MANUEL

¡Don Faustino!

FAUSTINO

¿La del mantón?... Guapísima... Que les diga a ustedes, que les diga a ustedes.

MANUEL

Si yo no la miré siquiera; lo que pasé fué un sofoco, con no sé cuántas desvergüenzas que me dijo en plena calle de la Montera.

AMALIA

Eso sí lo creemos.

LUISA

¿No ha ido usted al teatro en Madrid ninguna noche?

MANUEL

No; ¿yo al teatro?

FAUSTINO

Fuimos una noche a un cinematógrafo... ¿Sabe usted que me agrada cómo se van aficionando las clases populares a ese espectáculo tan científico y tan culto, y donde a lo menos no aprenden groserías con que enriquecer su vocabulario?

AMALIA

Es que se pasa el rato por poco dinero. Nosotros íbamos mucho a uno que está al lado de casa de unas amigas que daban reuniones, y se bailaba aprovechando el órgano del cinematógrafo...; se abría un balcón y se oía perfectamente...; algunas noches bajamos toda la tertulia; a las muchachas que tenían novio les divertía mucho; las mamás, embobadas con las vistas, no se enteraban de nada.

LUISA

Mamá..., ¡qué cosas dices!

AMALIA

Lo digo porque este santo varón de don Faustino cree que toda la afición al cinematógrafo es por lo culto y por lo científico, como él dice; que no estuviera tan obscuro, y vería usted la concurrencia: chiquillos y algunas almas de Dios, como usted y como don Manolito.

FAUSTINO

¡Puede que tenga usted razón!

AMALIA

¡Ay, don Faustino! Con la costumbre de mirarlo todo por el telescopio y por el microscopio, luego con la vista natural no acierta usted a ver nada.

FAUSTINO

Bastante lo siento; pero ya es tarde, ya es tarde... Menos mal si todavía logro rodearme de afectos tranquilos; si, aunque sea prestado, tengo al fin mi hogar, el de un discípulo, que bien puedo llamar amado, y el de Luisita, a quien quiero tanto como si la hubiera conocido toda mi vida, como si fuera hija mía... Créalo usted... Ya lo ve usted, hablando de esto me emociono de veras..., y esto sí que se ve a simple vista, sin microscopio y sin telescopio.

AMALIA

Ya lo sé, don Faustino; ya lo veo. ¿Y cómo agradecersele? Encontrar una persona como usted en el mudo le compensa a uno de tanta pilería y de tanta sinvergüencería como ha conocido una. Pero tenemos mucho que hablar, don Faustino.

FAUSTINO

¿Nosotros?

AMALIA

Y Luisita también. Los tres. De muchas cosas. Usted es muy bueno para nosotras, y sin contar con usted no queremos dar un paso.

FAUSTINO

Y don Manolito, ¿no quiere usted que asista a la conferencia?... Próxima la fecha... Porque yo creo que no debe demorarse.

AMALIA

No, don Manolito no; ya sabrá usted.

FAUSTINO

Como usted quiera. Cuando usted quiera. Echarémos a don Manolito con cualquier pretexto, o sin pretexto.

AMALIA

No, no; tiempo hay.

MANUEL

¿Los exámenes dice usted? ¡Ay, Luisita, si mis alumnos la conocieran a usted, esté usted segura de que vendrían a darle una serenata. Gracias a usted ha sido cosa de aprobarlos a todos. Cupido y no Minerva los ha salvado.

LUISA

¿De qué es diosa Minerva, don Manolito?

MANUEL

De la sabiduría; Cupido de...

LUISA

Cupido ya lo sé, del amor... ¿Quién no lo sabe? Pues no le pese a usted, don Manolito; los muchachos estarán tan contentos, y más que los mu-

chachos sus pobres madres, y si pensarán ustedes en ellas no sacarían mal a ninguno.

MANUEL

Yo pienso en todo; pero pienso también en la pobre España, madre también, que se encuentra todos los años con una porción de sabios oficiales que no saben nada... Pero no me ha contestado usted a mi pregunta. ¿Por qué cambió usted de conversación?

LUISA

¿A su pregunta? ¡Ah! ¿Si me gusta el barrio de Pozas para vivir?

MANUEL

Eso es: he visto allí unos cuartos monísimos, y para nosotros...

LUISA

¿Para nosotros?... ¿Ya piensa usted en eso?

MANUEL

¿Ya, dice usted? Mi idea siempre fué para las vacaciones de Navidad. ¿Por qué le parece a usted pronto? Don Faustino piensa lo mismo que yo. También ha visto el cuarto; él la dirá a usted si es bonito y alegre: el interior, con vistas a un jardín precioso; mi despacho, todo lleno de sol, y como mi despacho será nuestra habitación, yo trabajaré, y usted, cerca de mí, lee o cose o me habla; ya sabe usted que yo trabajo aunque hablen a mi lado, y si es usted la que habla, su voz de usted es como una música muy dulce. Pero

noto que mis palabras la ponen a usted seria, triste, y no es de ahora; yo quisiera engañarme, pero yo creo que usted no me quiere; es más, que le soy a usted odioso...

LUISA

¿Odioso? ¡Eso sí que no!

MANUEL

Bueno, odioso es demasiado. ¿Por qué ha de odiarme usted?... Pero quererme...

LUISA

Le quiero a usted más de lo que usted se figura; si no le quisiera a usted bien, no me vería usted triste.

MANUEL

¿Entonces...?

LUISA

Entonces... déjeme usted hablar con don Faustino...; yo sola no puedo resolver nada... Déjeme usted hablar con él, se lo suplico.

MANUEL

Sin súplica. Ahora mismo. Don Faustino, con su permiso y el de estas señoras... Dejo a ustedes... Ya sabe usted que traje un encargo.

FAUSTINO

¿Un encargo? ¡Ah!... Vaya usted, vaya usted.

MANUEL

(A Luisita.) No sé por qué me presumo que van ustedes a sentenciarme... ¡Ay, Luisita, usted que

se interesa por la suerte de mis alumnos, no me suspenda usted!

LUISA

¡Ay, don Manolito!... Todos aguardamos alguna sentencia, y la de usted no será la más triste. (Vase D. Manolito por la segunda izquierda.)

ESCENA III

DICHOS menos DON MANUEL

FAUSTINO

Conque vamos a ver. ¿Qué quieren ustedes decirme?

AMALIA

Don Faustino, usted es muy bueno para nosotras. Usted se ha interesado por Luisita, y Luisita no quiere dar un paso sin contar con usted.

FAUSTINO

¿Pues qué paso piensa dar Luisita? Yo creí que ya faltaban muy pocos pasos.

AMALIA

¡Ay, no, señor! Lo que yo siento es que parezca que se ha dado alguno, porque Luisita no quiere engañarle a usted ni a nadie. Don Manolito parece que da como cosa hecha el matrimonio, y usted también lo cree. ¿No es eso?

FAUSTINO

Sí, lo creía; pero ya veo que acaso... Usted dirá...

AMALIA

Yo, aunque por broma me haya reído alguna vez de don Manolito, en el fondo es una persona estimabilísima..., hombre de bien, de educación; comprendo que para mí y para mi hija sería la tranquilidad, porque la vida se presenta muy negra, don Faustino, muy negra; pero Luisita..., ella se lo dirá a usted...; dice que no le quiere lo bastante; es decir, le quiere, pero no como se debe querer a una persona con quien va uno a unirse para toda la vida, y eso es muy grave, don Faustino, muy grave, porque el matrimonio no es para un día ni dos.

FAUSTINO

¿Que no quieres a don Manolito? ¿Es verdad, Luisita?

AMALIA

Vamos, hija mía, habla tú, que puede creer don Faustino que soy yo quien te quita la voluntad, y en este asunto, aunque supiera que era para su desgracia, no haría yo nunca violencia a mi hija. Mire usted: para mí todo lo que se haga por cariño tiene disculpa, aunque sea una atrocidad; por eso mismo tampoco quiero que mi hija se sacrifique por nada, aunque supiera que las dos nos moríamos de hambre en un rincón.

FAUSTINO

Pero, de veras, ¿no quieres a don Manolito?

LUISA

No le quiero bastante. No soy capaz de mentir. Acaso después le quisiera, pero ahora no; ahora

sería engañarle. Yo le agradezco a usted mucho su buena intención, porque usted creía que para mí, para mi madre también, era la tranquilidad, la vida asegurada; pero aunque todo se me presente muy triste en la vida, nada me parece tan triste como aceptarlo todo de un cariño al que no se puede corresponder sin engaño.

FAUSTINO

Si es así, si tú no le quieres, si no puedes quererle... Pero entonces es que hay por medio otro amor... En Madrid, ¿no es eso? Algún joven, algún apuesto galán.

AMALIA

Eso sí que no.

LUISA

No, don Faustino; se lo juro a usted, nada de eso.

FAUSTINO

Entonces, la verdad, no comprendo que no quieras a don Manolito, un ángel de Dios. ¿Qué motivos hay?

AMALIA

¡Ay, don Faustino! Tenemos la de siempre, que usted no sabe de estas cosas del corazón. ¿Qué motivo?... Ninguno. ¿Usted ha visto nunca que esto de querer o no querer tenga motivos? Cualquiera cosa y nada. Pues no habrá usted visto mujeres locas por hombres que no tiene el demonio por donde desecharlos, y viceversa, hombres por mujeres, y la gente que dice: ¿Pero de

qué se habrá enamorado esa mujer, o viceversa, ese hombre? Si por bondad y por santidad se quisiera, todas las mujeres acabaríamos en monjas; porque bueno, bueno no hay más que Aquel que todo lo puede, porque hasta los santos pecaban siete veces al día... Mire usted: don Manolito, creo que ni cinco, y si no llegan a canonizarle será por falta de influencias; pero por eso no se enamora nadie. Es que ustedes, los hombres, que tanto se fijan en el físico de las mujeres, creen ustedes, no sé por qué, que nosotras no debemos fijarnos, y para ustedes, con ser hombres de bien, ya lo tienen ustedes todo, y llaman ustedes loca a la mujer que no aprecia las cualidades morales de un hombre, y luego ustedes se enamoran de cualquier pelindrusca sólo por el palmito; pues hombres y mujeres somos de la misma pasta y queremos lo mismo, y por lo mismo... Y si no, dígame usted: si mi hija hubiera sido algún esperpento, seguramente don Manolito no hace ningún aprecio de ella, así hubiera sido tan buena y tan santa como la primera. Viva usted en el mundo, don Faustino, viva usted en el mundo, y usted perdone; pero es que me da coraje que sabiendo usted tanto de todo, de la vida no sepa usted nada.

LUISA

¡Mamá, mamá, qué cosas dices!

FAUSTINO

No, no; si dice bien, si tiene razón... Cuando no se quiere es por algo, y si tú no le quieres...

LUISA

No, no; usted es el que dice bien: a un hombre tan bueno, tan generoso; el único que no me ha insultado al ofrecerme su cariño, ¿por qué no he de quererle? Es que no soy buena, don Faustino, y no merezco que usted se interese por mí.

AMALIA

Pero, hija mía, no llores.

FAUSTINO

No, Luisita; eso no.

LUISA

Sí, señor, sí; ya veo que habré perdido toda su estimación.

FAUSTINO

No, hija mía; ¿por qué? Al contrario.

AMALIA

¡Claro está que al contrario! Don Faustino comprenderá tu lealtad y tu delicadeza, porque otra en tu lugar, por lo pronto se casaría, y si acababas por querer a tu marido, bueno estaba..., y si no..., como muchas... Más fácil de engañar que don Manolito no habías de encontrar otro.

LUISA

Mamá, no hables así.

FAUSTINO

No, si dice bien; si yo la escucho como a un oráculo; si tu mamá debía tener cátedra de estas

cosas del mundo..., y yo sería el primero en matricularme.

AMALIA

Y perdía usted el curso.

FAUSTINO

De modo que todos mis proyectos fracasados... y la situación de ustedes...

AMALIA

Insostenible, don Faustino; yo no tengo secretos para usted; insostenible.

FAUSTINO

Pues en algo hay que pensar.

LUISA

No, no hay que pensar en nada; yo volveré al teatro, trabajaré mucho; tendré constancia y paciencia, y llegaré a ser algo; otras más torpes que yo han llegado; ya verán ustedes.

FAUSTINO

No, Luisita, el teatro no es para ti; no puede ser. Pensemos, veamos... Yo ya no podría vivir tranquilo si te dejara abandonada a tu suerte, y quiero hacer cuanto esté en mi mano.

LUISA

Es usted muy bueno, y aún me estima usted.

FAUSTINO

Sí, hija mía; pero no hay que llorar; las lágrimas no remedian nada. Vamos a ver, doña Ama-

lia: yo estoy solo como usted ve, muy solo; necesito a mi lado personas de mi confianza... ¿Por qué no han de ser ustedes esas personas?

AMALIA

¿A su lado de usted, don Faustino, en su casa? ¿En qué concepto?

FAUSTINO

En concepto de personas de mi confianza; en concepto de unas personas que viven conmigo... Mi edad, mi carácter, creo que sean una garantía para todos.

AMALIA

Sí, para usted y para nosotras...; pero ¿y el mundo, don Faustino, y el mundo? Sabe usted que por menos ya nos han criticado, y si ahora nos viesan en su casa de usted... ¡No quiero pensarlo!

FAUSTINO

Pero, doña Amalia, ¿usted se preocupa de lo que el mundo pueda decir?

AMALIA

Sí, señor, que me preocupo; más de lo que usted se figura, y ya sabe usted que no soy hipócrita...; pero el mundo es así: esto en que no habría nada de malo, esto en que nada tendríamos que reprocharnos, le escandalizaría más que otra cosa, y no quiero pensar en lo que se diría.

FAUSTINO

¡Se diría, se diría! ¿Quién? ¿El mundo dice usted? ¿Qué mundo? Cuatro vecinas, dos porteras..., media docena de relaciones que para nada le sirven a uno y para nada las necesita... ¿Ese es el mundo?

AMALIA

Ese es el mundo en que uno vive, don Faustino; en el que uno se mueve, el que le da y le quita a uno, y aunque sea pequeño, como usted dice, para el caso como si fuera todo el sistema planetario... Usted es un hombre, y para usted ese paso, claro está, no podía significar tanto; pero para mi hija y para mí...

FAUSTINO

Pues supongamos que no son ustedes las que viven en mi casa, sino yo el que vive en casa de ustedes... ¿Qué tendría eso de particular? Todos los días se ve a señoras en las circunstancias de ustedes que ceden una habitación de su casa a un caballero..., y si el caballero es de edad como yo y es una persona respetable, como usted dice...

AMALIA

Sí, sí; todo eso estaría muy bien... si hubiera sido siempre..., si no le hubiéramos a usted conocido antes, si fuera usted una persona cualquiera para nosotros y para la gente que nos conoce... Pero ahora, créalo usted, nadie pensaría en nada bueno... Y si fuera sólo de mí, no me importaría; pero mi hija... Me ha costado mucho defender a

mi hija...; usted lo sabe, porque para ella soñaba yo..., ¡qué sé yo lo que soñaba! ¡Ahora ya veo que será tan desgraciada como su madre..., porque yo no puedo más..., don Faustino de mi alma..., no puedo más!

FAUSTINO

Diga usted lo que quiera, es la mejor solución para todos, y por mi parte, que diga el mundo lo que quiera.

AMALIA

No se las dé usted de despreocupado, porque usted mismo pensó en algún momento otra solución, y usted me dirá por qué no ha vuelto a pensar en ello si no es por el mundo, porque temía usted el ridículo, por lo menos...

FAUSTINO

¡Amalia!

AMALIA

No es que le recuerde a usted nada; no es que me queje; yo fui la primera en comprender que debía ser así, que en cuanto usted lo pensara en serio, pensaría usted en el mundo como yo pienso ahora, porque hágase usted cargo, don Faustino: si casándonos era usted el que se exponía, no casándonos soy yo la que se expone, y ya le digo a usted, no soy sola, es mi hija, por la que usted se interesa tanto y yo se lo agradezco con toda mi alma; mi hija, por quien estoy segura que pensó usted en esa solución, como ahora piensa usted en ésta..., porque yo sola ya sé que no merezco ese interés, y por eso no le hablo a usted

de mí... Ya sé que de mí le han hablado a usted; de modo que usted ahora extraña que yo repare tanto en murmuraciones... Pero ya le digo a usted, no es por mí...; yo sola en el mundo, ya me tendría usted en su casa; no como usted dice, de criada, en lugar de Trinidad, y tan contenta, con tal de vivir tranquila... Usted no sabe, don Faustino, lo que esta posición nuestra (porque a esto se le llama posición) tiene de angustiosa y de difícil; usted no sabe lo que cuesta el haberse puesto una vez una falda de seda, un sombrero, y lo que yo hubiera dado en este bregar de la vida por haber sido una pobre artesana, que lo mismo hubiera podido ir a lavarme la ropa al río que echarme a la calle a pedir una limosna por amor de Dios, con mi hija, en lugar de irnos a un teatro muy puestas de sombrero, sin haber cenado y sin saber si almorzaríamos al día siguiente.

FAUSTINO

Bien está... Yo no veía nada malo en esa solución... Seríamos una familia, mejor que una familia...

AMALIA

Una familia que no es familia... La gente no acepta esas situaciones falsas, don Faustino; ese paso sería para nosotras lo que hasta ahora no ha sido a pesar de todo: la caída definitiva...; todo el mundo creería que le explotábamos a usted..., y para unos sería yo, y para otros sería mi hija... En protecciones desinteresadas no cree nadie... ¡Hay tan poca gente capaz de dispensarlas!...

FAUSTINO

Es que ésta no sería desinteresada; yo necesito quien se cuide de mí, de mi casa...; ya es un interés y una explicación, si es que en el mundo sin un interés no se explica nada... O confiesen ustedes que mi proposición no les conviene por otras razones, que acaso la tranquilidad que yo les ofrezco sea demasiada tranquilidad.

AMALIA

No diga usted eso... Si es que, puede usted creerlo..., ve usted que mi hija no acepta a don Manolito; ve usted que no aceptamos ahora su ofrecimiento..., dirá usted, y con razón, que nada nos conviene y que no tenemos derecho a quejarnos, porque en nuestra situación todo debe aceptarse... Por eso, lo mejor es que no nos haga usted caso, que nos perdone usted tanta molestia..., y que no piense usted mal de nosotras... por todo esto...

FAUSTINO

No; si pensara mal de ustedes, también pensaría mal de mí. Todos somos cobardes; yo al ofrecer, al aceptar ustedes...; a todos nos falta el mismo valor para decir lo que debe decirse. Cuando en conciencia está uno seguro de hacer bien..., ¿qué importa lo demás?

AMALIA

Pues si usted, que tiene una posición en el mundo; usted, que es un hombre, un sabio y santo, no lo dice usted..., ¿cómo quiere usted que

lo digan dos pobres mujeres acobardadas por todo..., por ser mujeres y por ser pobres?...

LUISA

No, yo no me acobardo..., y yo lo digo... Nuestra conciencia está tranquila; es el bien para todos. ¿Qué importa lo demás? Don Faustino, yo acepto lo que usted nos ofrece, yo me entrego a su protección generosa, para que usted me ampare y me defienda como a una hija, y una hija tendrá usted en mí siempre..., y no pensemos en matrimonios de conveniencia para defendernos de murmuraciones...; si yo me casara con don Manolito sin quererle como marido; si usted se casara con mi madre sin quererse ustedes, de ese modo, ¿no sería engañarnos a nosotros mismos, sujetándonos a una mentira que sería el principio de hacernos desgraciados?... No; la verdad es que necesitamos unos de otros; nosotras, pobres y sin amparo de nadie; mi madre luchando por defenderme, yo expuesta a sucumbir por defender a mi madre; ustedes solos también sin un afecto, sin un cariño. ¿Por qué no hemos de unirnos y defendernos todos? Vejez y juventud; pobreza y bienestar; experiencia de la vida y saber de los libros... Y para todos será la alegría y será la verdad y será el bien... Y lo demás, ¿qué importa? ¿No es verdad, padre mío? ¡A ver si hay nada que nos una mejor que este cariño honrado!

FAUSTINO

Sí, hija mía, hija de mi alma... En toda mi vida de estudios no hallé una verdad como esta ver-

dad de tu cariño que hallo en mi corazón. ¿Qué dice usted?

AMALIA

¿Qué he de decir yo? Era por ella, y ella le ha llamado a usted padre... ¿Y cómo no quererle a usted, don Faustino? Déjeme usted que le abraze..., aunque lo viera todo el mundo... Y déjeme usted, que he llorado tanto de pena y de rabia, y de vergüenza y de tanto malo, que este llanto de ahora es una alegría muy grade.

FAUSTINO

(Llamándole.) ¡Don Manolito..., don Manolito!

AMALIA

¿Qué dirá ese pobre?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON MANOLITO por la primera izquierda.

FAUSTINO

Venga usted acá.

MANUEL

Todos llorando... ¿Me han suspendido ustedes?

FAUSTINO

Don Manolito..., mi discípulo, mi hijo intelectual... Hemos trabajado toda nuestra vida por la verdad; todo lo hemos sacrificado a su estudio... Hay que abrazarse a ella cueste lo que cueste...

Hay que mirarse por dentro y por fuera..., y comprobar que el amor no es para nosotros; es mucha su luz para estas aves nocturnas. ¡Tristes buhos!

MANUEL

No me diga usted más... Luisita no me quiere... Todo este tiempo me he estado mirando al espejo...

FAUSTINO

Entonces se abrazó usted a la verdad. Quererle, sí, le quiere a usted como se nos puede querer... ¿Amarle?... ¡Amar, palabra de poesía, de juventud, que no es para nosotros!

MANUEL

Sí, no podía ser... ¡Cómo se habrá usted reído de mí!

LUISA

¿Yo de usted? Reírme de usted... Si es usted tan bueno...

MANUEL

¡Soy bueno!

FAUSTINO

Luisita le quiere a usted como a un hermano... Esos son nuestros cariños..., amigos..., hermanos...

LUISA

¡Padre!

FAUSTINO

Privilegio de la vejez.

AMALIA

No..., de la bondad.

FAUSTINO

Eso sí. ¡Bondad!... Esa es nuestra palabra...; y cuando la bondad abre de par en par nuestro corazón, tarde o temprano se entra por él el cariño, como vimos muchas veces al terminar una velada de estudios y al apagarse nuestra lámpara, ya consumida, entrar por esa ventana la luz alegre del amanecer.

TELÓN